

569602000 001

# ¿ME MATARÁ MI MARIDO?

COMEDIA

CES-XIX  
12-7

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. ROMAN AZANTOIO Y D. ANTONIO MALLI.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 16.

1875.



## PERSONAJES.

## ACTORES.

CLOTILDE.....	SRA. D. <sup>a</sup> EMILIA LLORENTE.
JULIANA. ....	SRA. D. <sup>a</sup> JUANA RODRIGUEZ.
PABLO.....	SR. D. JOSÉ VALLÉS.
PRUDENCIO .....	SR. D. ANTONIO RIQUELME.

La escena pasa en Madrid y en nuestros días.

---

Esta obra es propiedad de D. Antonio Zamora, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Lirico-Dramática, titulada El Teatro, de D. ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

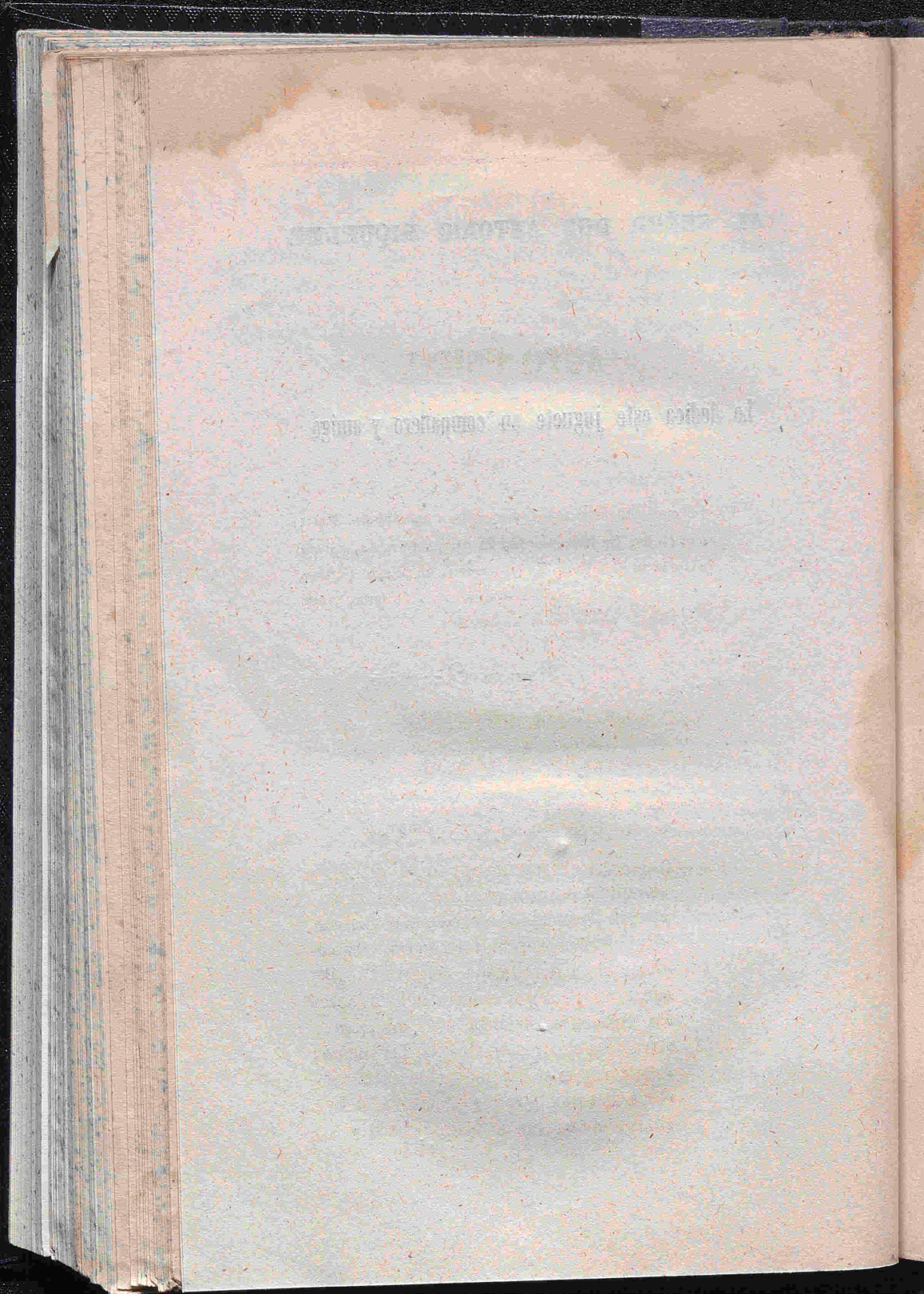


**AL SEÑOR DON ANTONIO RIQUELME**

Le dedica este juguete su compañero y amigo

*Roman Azautoio.*







---

## ACTO ÚNICO.

---

Un gabinete de señora, elegantemente amueblado. Puerta en el fondo. En la izquierda, en primer término, balcón; en segundo chimenea. En la derecha, en primer término, una puerta, en segundo un gran armario de luna, practicable, donde pueda caber un hombre.

### ESCENA PRIMERA.

PABLO, luego CLOTILDE.

Al levantarse el telón, Pablo está junto al velador, sentado en una butaca, leyendo un periódico.

PABLO. (Leyendo.) «Precisamente en el momento  
»en que X entraba en el cuarto de su mu-  
»jer, el jóven rubio saltaba por la ventana.  
»Entónces el marido, loco de ira, ciego de  
»furor al verse ultrajado, coge un cuchillo  
»de cocina, que por casualidad había sobre  
»la chimenea, se lanza á su mujer y la  
»atraviesa el corazon. Cuando los vecinos  
»acudieron al sentir los gritos de la víc-  
»tima de aquel terrible drama, sólo ha-  
»llaron el cadáver de la desdichada.»



(Deja el periódico horrorizado.)  
¡Es en verdad horroroso  
y espeluznante el suceso!...  
¡y que me ataca confieso  
todo el sistema nervioso!...  
Pero en esa situación...  
al ver su honor ofendido,  
á mi entender, el marido  
tuvo sobra de razon.

CLOT. (Que al salir ha oído el último verso de Pablo.)  
¿Quién tuvo razon?

PABLO. Ninguno.  
Es que estaba aquí leyendo,  
y contestando y diciendo  
un lance...

CLOT. (Haciendo ademán de irse.)

Si te importuno...

PABLO. (Levantándose y deteniendo á Clotilde amorosa-  
mente.)

No, al contrario; he concluido.

¿Y cómo la vida mía  
á mí me importunaría?

(Con gatzmoñería se sientan ambos en un sofá.)

CLOT. ¡Galante has amanecido!  
«¡Vida mía!...» Es mucho amor  
el tuyo: y siendo verdad  
es una felicidad.

¿Conque estás de buen humor?

PABLO. Sí.

CLOT. Me alegro. Tu indulgencia  
hoy necesito obtener, (Con gravedad.)  
y me vas á conceder  
cuatro minutos de audiencia.

PABLO. ¡Qué gravedad! Pues no sabes  
que soy tuyo enteramente?  
Habla.

CLOT. Lo haré diligente.



(Con tono enfático.)

Se trata de asuntos graves.

¿A cuántos estamos hoy?

PABLO. (Riendo y cogiendo el periódico.)

Pregunta más singular...

CLOT. ¿Y necesitas mirar?...

PABLO. (Buscando la fecha del periódico.)

Es claro, á mirarlo voy.

CLOT. Qué cabeza!

PABLO. (Leyendo.) Hoy es veintiocho  
de Junio.

CLOT. Y qué santo es?

PABLO. (Leyendo el periódico.)

San Pedro y san Pablo.

CLOT. Pues!

¿Y aún no caes?

PABLO. (Recordando.) Ay! ¡Estoy chocho!

Mi santo: no me acordaba.

CLOT. Yo sí; y que acepte le pido

á mi consorte querido  
este obsequio de su esclava.

(Dándole un ramo de flores y un estuché de pipa.)

PABLO. (Muy tierno.) ¡Clotilde del corazon!

¡mereces una corona!

Dame un abrazo... y perdona

(Abrazándola muy cariñoso.)

mi punible distraccion.

CLOT. Disculpable es por demas

semejante olvido en tí,

pero no podría á mí

perdonármelo jamás.

PABLO. Eres un ángel hermoso

que presta vida á mi ser.

CLOT. No tal! Soy una mujer

que quiere mucho á su esposo!

¿Te gusta mi ramo?

PABLO. (Oliéndole.) Sí.



(Mirando el estuche.)

¿Y esto?... Á ver?...

CLOT.

Muy poca cosa.

ABLO.

¡Una boquilla preciosa!

CLOT.

Que tanto te gustó á tí,  
ahí en casa de Escribano,  
la otra noche.

PABLO.

Ciertamente,

la misma.

CLOT.

Fuí diligente  
esta mañana temprano  
á comprártela... y noté  
que el mozo que la vendió,  
al dármela me miró  
de un modo tan raro, que  
¿se habrá el hombre figurado  
que fumo?

PABLO.

¡Qué tontería!

CLOT.

¿Quién sabe?

PABLO.

¡Bueno estaría!

CLOT.

¿Y la pipa te ha gustado?

PABLO.

Mucho! Tenía en verdad  
un capricho decidido  
por ella... y tú has convertido  
mi deseo en realidad.  
¿Cómo pagarte podría  
esta fineza tu esposo?

CLOT.

Con un abrazo amoroso.

PABLO.

Mil, mil y mil te daría.

(Abrazándola con entusiasmo.)

CLOT.

Muchos son!

PABLO.

¡Ah, no! Al revés,

muy pocos!

CLOT.

Pues para darlos  
y al mismo tiempo contarlos  
necesitabas un mes.

PABLO.

¡Tonta!



- CLOT.                Para poder completar  
                     hoy ventura tan querida,  
                     una espléndida comida  
                     he mandado preparar.
- PABLO.            ¡Eso más! (Loco de contento.)
- CLOT.                Aquí los dos,  
                     con amorosos extremos,  
                     felices nos comeremos  
                     en paz y en gracia de Dios.
- PABLO.            (Muy contento.) ¡Magnífico pensamiento!  
                     ¿Y aún hay quien del matrimonio  
                     se atreva... ¡Ay! Voto al demonio!  
                     (Recordando con disgusto.)  
                     Se frustró nuestro contento!
- CLOT.                Adios! Algo impertinente  
                     te se ha ocurrido... ¿es posible!
- PABLO.            Es que... se me hace imposible  
                     dejar de ver á un cliente.  
                     De un asunto delicado  
                     hablarle hoy mismo es forzoso.
- CLOT.                ¡Mire usted que es fastidioso  
                     ser mujer de un abogado!  
                     ¡Malhaya la abogacía  
                     que tales urgencias da...  
                     y una, duda si será  
                     verdad ó superchería.
- PABLO.            ¿Y puedes pensar?...
- CLOT.                ¡Sí tal!  
                     Ya estuve el domingo aquí  
                     solita.
- PABLO.            Sabes que fui  
                     á otro asunto al Escorial,
- CLOT.                Bien, pero pasó aburrida  
                     las horas en soledad...  
                     y eso, bien sabes que á mi edad  
                     es muy fastidiosa vida.
- PABLO.            Vamos, pues para que veas



que eres para mi primero,  
Clotilde, que el mundo entero,  
no saldré, como deseas.

Porque un ingrato sería  
si á tanta fina atencion  
no supiera mi pasion  
corresponder este dia.

Cariñosa para mí  
hoy has sido y complaciente,  
y yo deseo igualmente  
serlo tambien para tí.  
Iré á ver á ese señor  
y á disculparme con él,  
y vuelvo al momento fiel  
á los brazos de mi amor;  
donde huyendo de un reproche  
que un disgusto me daría,  
quiero consagrarte el dia  
completo y tambien la noche.

CLOT. ¡Qué bueno eres!

PABLO. Pero tú  
¿no te aburrirás?

CLOT. Yo no.

PABLO. Si estás tú contenta, yo  
lo doy todo á Belcebú.

CLOT. Leeré *El Diario*, que al fin...  
¿Trae hoy algo interesante?

PABLO. Lo de siempre.

CLOT. Pues, ¡bastante!

PABLO. Y no tiene folletin.

CLOT. ¡Qué fastidio!... Lo suprimen  
al estar ya interesada...

PABLO. Pero no has perdido nada;  
leerás en cambio un gran crimen.

CLOT. ¿Un crimen?

PABLO. Sí; de un esposo  
que á su mujer muerte ha dado



- al saber que era engañado.
- CLOT. ¡Jesús!... ¡Eso es horroroso!
- PABLO. Pero de ella la traición  
le dió causa suficiente,  
porque la vió muy patente.
- CLOT. Eso no es una razón.
- PABLO. Que no es razón?
- CLOT. No por cierto.
- PABLO. Me gusta!
- CLOT. Si así atrevidos  
se vengaran los maridos  
sería el mundo un desierto.
- PABLO. Pues yo creo que hizo bien  
y que estuvo en su derecho.
- CLOT. Él matarla?...
- PABLO. Fué bien hecho!
- CLOT. ¿Y tú lo harías también?
- PABLO. En la misma situación,  
sin dudar.
- CLOT. ¡Jesús qué fiera!
- PABLO. Hasta luego. (Yéndose.)
- CLOT. Espera, espera...
- PABLO. ¡También!
- CLOT. (He de cerciorarme.)
- PABLO. ¡Vaya, adios! (Yéndose.)
- CLOT. (Deteniéndole.) Conque es decir  
que si llego á delinquir  
serás capaz de matarme?
- PABLO. ¿Matarte? Qué desvarío!  
(Abrazándola cariñosamente.)  
No podré hacerlo jamás,  
porque no me engañarás  
y en tu lealtad confío.
- CLOT. Ninguno puede decir  
de esta agua no beberé.
- PABLO. Pues yo sí, porque lo sé.
- CLOT. Eso es mucho presumir.



(Con tono de amenaza.)

¿Y si te engañase yo?

PABLO. (Como alarmado y calmándose al momento.)

¡Entónces!... Si no es creible.

CLOT. Pero ¿y si fuera posible?

¿me matarías?

PABLO. (Con firmeza.) ¡Pues no!

CLOT. Conque no me puedes ver?

PABLO. ¡Al revés! Te probaría  
lo mucho que te quería.

CLOT. Vaya un modo de querer!  
Mas no lo sientes así  
aunque lo dices.

PABLO. Lo siento.

CLOT. ¿Por el error de un momento  
querrías vengarte en mí?

PABLO. ¡Vaya una conversacion  
tonta y un tema importuno!...  
No hemos de vernos ninguno  
por dicha en tal situacion.

CLOT. Y si llega á suceder...

PABLO. ¡Basta de desvariar!  
Si á ese señor he de hablar  
ya no hay tiempo que perder.

CLOT. Pero dime...

PABLO. Entre los dos  
no ha de haber rencilla. (Yéndose.)

CLOT. Pero...

PABLO. Eres una chiquilla! (Sonriendo.)

CLOT. Pablo, escucha.

PABLO. ¡Adios! (Váse.)

CLOT. ¡Adios!



ESCENA II.

CLOTILDE, luego JULIANA.

CLOT. ¿Conque si yo le faltára  
me asesinaría?... ¡Diantre!  
¡Bah, bah, bah! Me ha dicho eso  
como pudo contestarme  
lo contrario; y más que nada  
porque ahora cunden bastante  
esas ideas terribles  
de novelescos arranques...  
y sobre todo, porque  
ha querido amedrentarme.  
Pero... ¿y si fuese verdad?...  
¿Cómo podría probarle  
para ver si él, en el caso  
de que á mi deber faltase,  
cegado por el honor  
decidía asesinarme?  
Para salir de esta duda  
sólo hay un medio... engañarle...  
¡Ah, nunca, no!... para eso  
no tendré valor bastante.  
¡Pobrecillo!... ¡él, que conmigo  
es tan bueno, tan amable...  
que siempre me está mimando  
con tan buena fe... No obstante,  
¡yo no sé lo que daría  
para verle en ese trance!  
¿Qué haría yo?... ¿De qué modo  
podría proporcionarme  
la solución de este enigma  
que da con mi juicio al traste?  
¡Vamos!... mi curiosidad  
hay que confesar que es grande...



¡y que ésta es de la mujer  
compañera inseparable!

JULIANA. ¿Señorita?

(Saliendo con una tarjeta en la mano.)

CLOT. ¿Qué te ocurre?

JULIANA. Un jovencillo elegante  
desea hablar con usted  
y esta tarjeta le trae. (Se la da.)

CLOT. Y le conoces?

JULIANA. Yo no.

CLOT. ¿A ver? «Prudencio del Valle?»

(Leyendo la tarjeta.)

¿Y qué quiere este señor?

JULIANA. Viene un encarguito á darle  
de las tres Dalias.

CLOT. (Recordando.) ¡Ah! ¡sí!  
es que ayer compré allí un traje  
y encargué me lo trajeran  
á casa; dile que pase. (Vase Juliana.)  
¡Y qué historiada tarjeta  
presenta para anunciarse (Riendo.)  
el alumno de Mercurio.  
¡Cómo progresan las artes!

### ESCENA III.

CLOTILDE, PRUDENCIO.

PRUD. (Es un jóven afeminado y ridículo.)

¿Señora?

CLOT. (¡Famoso tipo!

¡Qué ridículo!) Adelante.

PRUD. (Sin que lo note Clotilde, deja un medio cigarro  
puro que trae encendido detrás del sombrero, que  
coloca encima de la consola de la derecha.)

Con su permiso de usted.

Me han encargado que evacue  
una comision, y vengo



- á darla curso al instante,  
aunque yo de conocerla  
no goce la honra envidiable.
- CLOT. (¿Se habrá Juliana engañado?)  
Hable usted; estoy escuchándole.
- PRUD. Es encargo muy sencillo  
y á la par muy agradable,  
puesto que me proporciona  
el honor, para mí grande,  
de hablar con una persona  
de distinguidos modales,  
de hermosura sin rival  
y de carácter amable.
- CLOT. ¡Caballero! (Interrumpiéndole.)
- PRUD. ¿Qué, señora?
- CLOT. Aunque agradezco sus frases,  
deseo ansiosa saber  
lo que á mi casa le trae.
- PRUD. No es nada, ménos que nada...  
Si he tardado en explicarme,  
dispéuseme usted... mi objeto  
es entregarle este traje  
(Poniendo sobre el velador una caja de corte de  
vestido que trae.)  
del comercio las tres Dalías;  
(Deja el baston al lado de su velador.)  
besar sus piés y marcharme.
- CLOT. (Riendo á carcajadas.)  
Já! já! já! já! Y yo creí...  
Já! já! já!
- PRUD. (¡Qué buen carácter  
tiene esta señora!... ¡Óptimo!  
¡Y es bonita como un ángel...  
de paso sea dicho! Es...  
¡el ideal de mis afanes!)
- CLOT. (Já! já!... Y para esto ha traído  
tarjeta para anunciarse...



Já! já!... Como embajador  
presentó sus credenciales.

PRUD. ¡Qué ridiculez!... Já! já!  
(¡Su risita es adorable!...  
¡Ay qué dientes tan preciosos  
enseña entre dos corales!)  
Ahí verá usted la notita  
de una exactitud notable.  
Treinta varas de popelin  
marrón á cincuenta reales,  
hacen mil quinientos justos,  
sin que un céntimo le falte  
ni le sobre.

CLOT. Sí señor.  
Já! já! es la cuenta.

PRUD. (Cabales!  
Que me hace á mí esta mujer  
la gracia de Dios mirándome  
y riéndose!) La cuenta  
es lo ménos importante.  
Ya irá usted á satisfacerla  
cuando le sea más fácil.

CLOT. No, no; ahora mismo. Já! já!  
(Abre un secreter y saca dinero.)

PRUD. (¡Sigue la risa!... ¡Adelante!  
¡Es que está así encantadora!  
¡Si lo hará por enseñarme  
los dientes?... porque... lo dicho...  
son lindos... ¡irreprochables!  
¡Ay! no sé lo que daría  
porque en amoroso arranque,  
aquí en el carrillo izquierdo  
un bocado me tirase!)

CLOT. (Sin dejar de reirse y dándole billetes de banco.)  
Tome usted... Já! já!

PRUD. (Tomando los billetes.) (¡No hay más!  
Ó la hizo gracia mi talle,



ó alguna danza de monos  
llevo fija en mi semblante.)

CLOT. (Mirándole y riéndose.)

Adios, señor don Prudencio.

PRUD. De Melisendra del Valle,  
¡servidor!

CLOT. ¡Muy señor mío!

(Já! já! Risa da mirarle!)

PRUD. Dispense usted, olvidaba  
decir ántes de marcharme,  
que ha recibido la casa  
poco há un surtido admirable  
de satins, moires antiguos,  
poult de seda, tisú, tais  
y túnicas de guipure,  
gasas bordadas, encajes,  
muselinas, linos, blondas  
courtrai y otras novedades  
de gusto y de fantasía,  
todo lujoso y notable,  
que la honra y el placer  
tengo de recomendarle.

CLOT. ¡Gracias, señor don Prudencio!

PRUD. Y tenemos admirables  
brocateles de la Australia,  
y muchos...

CLOT. (Riéndose siempre.) Sé lo bastante;  
gracias!

PRUD. Á los piés de usted;

(Al retirarse coge distraidamente la caja de vestidos que sacó y se la lleva.)

y no deje usted de honrarme  
en el establecimiento.

(Coge el sombrero y deja olvidado el basotn y el medio cigarro puro.)

CLOT.

Descuide usted.

(Badulaque!)



PRUD.

(Pues señor, esta mujer  
ha logrado impresionarme!)  
(Va haciendo saludos afectuosos.)

ESCENA IV.

CLOTILDE.

¡Ay! Yo creo que le arañó  
si tan pronto no se va!  
¡Cuánto dengue y contorsion!  
¡Y qué modo de charlar!...  
Vaya un modo de anunciarse  
tan tonto y original!  
Vamos, de puro reir  
casi me ha hecho llorar,  
y me ha puesto tan nerviosa...  
¡qué ridículo animal!  
¡Jesús! Cuánta extravagancia  
nos importan sin cesar  
esos señores franceses  
desde su suelo natal.  
Es que me hallo tan inquieta  
que yo no me sé explicar  
lo que tengo... ¡Me equivoco!  
(Con gravedad.)  
lo sé de sobra!... ¡sí tal!  
Es que en la imaginacion  
se me ha llegado á grabar  
la historia de Barba Azul,  
que mataba sin piedad  
por celos á sus mujeres,  
y no hay quien la borre ya.  
¡Qué buen tipo debió ser  
Barba Azul!... ¡Qué colosal!  
¡Yo creo que á conocerle  
le adoro con ceguedad!  
¡Pero cuánto tarda Pablo!



(Pablo se presenta en el foro.)  
¡Gracias á Dios! ¡Aquí está!

## ESCENA V.

CLOTILDE, PABLO.

PABLO. Aquí me tienes, querida,  
resuelto á estar á tu lado  
hoy, un mes, ¡toda la vida!

CLOT. Muy bien, eso es de mi agrado!

PABLO. No hay nada que me lo impida.

(Al dejar el sombrero tropieza con el baston  
que dejó Prudencio.)

¿Cómo es esto? Mi baston  
rodando... ¡y esa criada  
sin cumplir su obligacion!  
¡Vamos, no sirven de nada!

(Coge el baston.)

CLOT. Sí, descuidadillas son...

PABLO. (Mirando el baston.)

¡Calla! si no es mio.

CLOT. Qué?

¿De quién ha de ser si no?

PABLO. Eso mismo digo yo.

CLOT. (¡Ay! ese hombre que se fué  
sin duda se lo dejó!)

PABLO. Como yo no lo llevaba...

¡Un medio cigarro puro!

(Viendo el que dejó Prudencio sobre la consola.)

CLOT. (Ya se irrita!... Y yo buscaba  
con afan y me apuraba...  
Ya tengo un medio seguro.)

PABLO. (Con ironía.)

¡Vamos! No te has aburrido  
en mi ausencia... ¡lo estoy viendo!

CLOT. (Finge turbacion.)

No... sí; desde que te has ido.



aquí me he estado leyendo  
el crimen de aquel marido.

PABLO. (Con intencion y ya dudoso.)  
Y sólo eso has hecho?

CLOT. Sí.

PABLO. ¿Y no ha venido ninguno?

CLOT. ¿Quién ha de venir aquí?

PABLO. Alguno... á buscarme á mí.

CLOT. ¡Vaya, que estás importuno!  
Nadie ha venido.

PABLO. ¿No?

CLOT. No.

PABLO. Segura estás?

CLOT. No he de estar?

PABLO. Pues, no hay duda, un hombre estuvo  
y ese baston olvidó.

CLOT. Pablito, eso es delirar.

PABLO. Clotilde!... (Incomodado.)

CLOT. (Con enojo fingido.) Pablo!...

PABLO. Responde.

¿De quién es ese baston?

CLOT. Qué sé yo.

PABLO. Alguno se esconde

de mí.

CLOT. (Como indignada.) Jesús!

PABLO. Pero dónde?

CLOT. Qué infame suposicion!

PABLO. Pues ¿de quién es esto?

CLOT. (Como fingiendo recordar.) ¡Ah!

Tal vez es de tu criado,  
que hace poco ha entrado...

PABLO. (Con incredulidad.) Ya!  
Sigue...

CLOT. (Finge turbacion.) ¿Que yo?... (¡Bueno va!)

PABLO. (Se turba! ¿Me habrá engañado?  
Calma!) Y ¿ese galopin  
fuma puros?



- CLOT. El influjo  
del ejemplo... porque... en fin,  
hoy á cualquier zarramplin  
le gusta vivir con lujo.
- PABLO. Sí, dices bien... ¡ya lo veo!  
el más bobo se emancipa,  
y en alas de su deseo...  
pero el que esto fuma, creo  
que quiere fumar en pipa.
- CLOT. No sé qué quieres decir...
- PABLO. No?... (Sabrá disimular?)  
Fácil es de presumir...  
(Pues si llego á descubrir  
algo... ¡alguno ha de bailar!)
- CLOT. ¡Pensativo te has quedado!
- PABLO. No tal. (Esto exige calma...  
Lo veo muy enredado.)
- CLOT. (Con alegría.)  
(¡Ya está celoso! ¡En el alma  
las dudas le han penetrado!  
¡Qué gusto!) Colque, Pablito,  
¿hoy eres mio no más  
y conmigo comerás?
- PABLO. (Va á tomar el sombrero.)  
(¡Oh! Yo aclarar necesito...)
- CLOT. (Deteniéndole sin dejarle coger el sombrero.)  
¿Qué es eso? ¿Otra vez te vas?
- PABLO. (Si me quedo no podré  
realizar el pensamiento  
que he concebido.) Sí á fe;  
es necesario... al momento  
voy á salir.
- CLOT. ¿Dónde? ¿Á qué?
- PABLO. Al Escorial.
- CLOT. ¿Tambien hoy  
como el domingo pasado?
- PABLO. Ya ves... yo mio no soy...



ese cliente endiablado  
se empeña y á verle voy.

CLOT. ¡Qué pícara obligacion!

PABLO. ¡Oh! ¡ya lo creo... infernal!

CLOT. ¿Te lleva allí la ambicion?

¿Buscas en el Escorial  
algun potente filon?

PABLO. Sí, ya comprendo, hija mia,  
que esto te fastidiaría.

CLOT. No, no tal! ¡Qué tontería!  
No es culpa tuya... y podría  
perjudicarte quizá  
quedarte. Es claro.

PABLO. (¡Qué fácilmente  
se resigna... ¡Qué hay aquí,  
Dios mio?) (Muy preocupado )

CLOT. (Con sorna.) Nada, por mí  
que no espere tu cliente,  
pues que lo desea así.

PABLO. (¡Vaya, que no veo claro!)

CLOT. (Va por el sombrero de Pablo.)  
Los negocios lo primero.

PABLO. (¡Tanta sumision!... ¡Es raro!)

CLOT. Vamos, toma tu sombrero...  
(Presentándosele.)

PABLO. (¡Y me echa!... ¡Vaya un descaró!)

CLOT. (¡Está celoso!... ¡Oh placer!)  
Ea, adios, esposo mio;  
no tardes mucho en volver;  
adios.

PABLO. (¡Sudo... y tengo frío!  
Como hay Dios, no sé qué haer!)  
Volveré lo ántes posible.

CLOT. Pero sin apresurarte.

PABLO. (Pero esto es inconcebible!)

CLOT. Anda, que el tren va á dejarte.

PABLO. (¡Yo estallo!... ¡Si no es creible!)



(Sube hacia el fondo.)

CLOT. ¡Adios!

(Va á sentarse en la butaca y coge el periódico.)

PABLO. (Desde la puerta del fondo)

Me dejas marchar  
sin darme por despedida  
un abrazo?

CLOT. No he de dar?

(Se levanta y sube al fondo.)

Es que estaba distraida.

PABLO. Distraccion muy singular.

CLOT. ¡Toma! (Dándole un abrazo.)

PABLO. Pronto volveré.

CLOT. Cuando puedas buenamente.

(Al bajar al proscenio, con su pañuelo hace  
como una seña por el balcón.)

PABLO. (Que ha visto hacer la seña á Clotilde.)

(Eh! ¿Qué es eso? No lo sé...

¡pero juro firmemente (Muy preocupado.)  
que muy pronto lo sabré!) (Váse.)

## ESCENA VI.

CLOTILDE, luego JULIANA.

CLOT. ¡Bravo! Conseguí mi objeto.  
Ya los celos le devoran,  
y no se irá de Madrid  
sin ver si sufre su honra.  
Pero es preciso que vea  
más pruebas acusadoras,  
de esas que exaltan la bÍlis  
y que la razon trastornan,  
para que yo me convenza  
si lo bastante me adora,  
para amenazar mi vida  
en un momento de cólera.  
Mas, ¿cómo hallar esas pruebas,



la que de honrada blasona,  
y no sabe ni de oidas  
esas artes engañosas?

JULIANA. (Saliendo por el fondo con una tarjeta y la caja  
del vestido.)  
Señorita?

CLOT. Qué?

JULIANA. (Le da la tarjeta.) Aquel jóven!

CLOT. (Lee la tarjeta y la tira sobre el velador de mal  
talante.)

¿Otra vez? No tengo ahora  
ganas de oír sus sandeces.

¡Cuidado que el hombre es mosca!

JULIANA. (Dejándola sobre el velador.)

Es que me ha dado esta caja  
que, por su mala memoria,  
distráido se volvió  
á llevar... y de usted implora  
le dispense... y también pide  
un baston...

CLOT. ¡Jesús qué posmal!  
por ahí anda, dáselo.  
(Juliana lo ve y lo toma.)

JULIANA. Vaya una alhaja preciosa!  
(Mirando el baston y riéndose.)

CLOT. Y dale un medio cigarro  
puro que se dejó.

JULIANA. ¡Hola!  
(Buscándole, hasta que lo halla en el velador.)  
Aquí le veo, voy...

(Le toma y va á marchar.)

CLOT. (Asaltada de una idea repentina.)

(¡Ahá,  
qué idea tan luminosa!)  
Espera. (Ese hombre es un ente  
feo, afeminado y cócora,  
inofensivo, ridículo...)



Dile que entre sin demora.

JULIANA. Señorita!... (Con asombro.)

CLOT. Anda al momento.

JULIANA. Voy allá! (¿Si estará loca?)

(Váse sin el baston ni el cigarro, que deja en el velador.)

CLOT. Ahora aplomo, gran astucia  
y mis deseos se logran.

## ESCENA VII.

CLOTILDE, PRUDENCIO.

PRUD. Señora, dispense usted  
mi punible distraccion,  
y de darme mi baston  
hágame usted la merced.

(Clotilde se rie.)

(Se sonrie... ¡Ay! me marea  
con sus ojos y su risa!)

CLOT. ¿Y se va usted? (Muy amable.)

PRUD. Me precisa  
irme... mas si usted desea  
algo, yo haré...

CLOT. Caballero,  
tengo en hablarle un honor...  
Hágame usted el favor  
de entregarme su sombrero.

(Con mucho afecto.)

PRUD. No me molesta. (¡Qué agrado!) (Satisfecho.)

CLOT. Qútese usted el gaban.

PRUD. Señora... (¡Vaya un afan!)

CLOT. Estará usted más holgado.

PRUD. Pero...

CLOT. La comodidad  
ante todo... es mi deber...

PRUD. (Quitándose el gaban y quedándose en levita.)



(¿Qué me querrá esta mujer  
con tanta amabilidad?)

CLOT. Ahora hablemos.

PRUD. Pues señor,  
hablemos.

CLOT. Siéntese aquí.

(Se sienta en el sofá.)

PRUD. Ya estoy. (Se sienta junto al velador.)

CLOT. Más cerca de mí.

(Le indica una silla junto al sofá.)

PRUD. ¡Si me irá á hacer el amor!

Tengo un sudor y un mareo!

(Sentándose en la silla que le indica Clotilde.)

CLOT. Don Prudencio.

PRUD. ¡Ay qué mirada!  
Suprima usted el don.

CLOT. Me agrada.

PRUD. Francamente! Yo no veo...

CLOT. Prudencio, será usted capaz  
por una pobre mujer  
de sacrificarse y ser  
para ella el ángel de paz?...

PRUD. Diré á usted... segun y cómo.

CLOT. Si en un peligro me viera,  
usted?

PRUD. Es que ser pudiera  
peligro de tomo y lomo.

CLOT. Para usted insignificante.

PRUD. Pero diga usted, ¿mi vida  
se verá comprometida?...  
No es por miedo... no.

CLOT. Adelante.

PRUD. Ya ve usted, yo soy un hombre  
que la quietud reverencio,  
y llamándome Prudencio  
quiero ser como mi nombre.

CLOT. No sufrirá usted á fe mía



- nada; no hay por qué temer.
- PRUD. ¡Bueno! Si no he de tener  
en mi persona avería...
- CLOT. ¡Consiente usted! ¡Qué galante!
- PRUD. Deje usted que reflexione...
- CLOT. Usted consiente y se expone...  
¡Gracias, joven comerciante!  
Al asunto sin demora:  
no perdamos tiempo, eh?
- PRUD. Sí.  
(¡Ay! qué querrá hacer de mí  
esta excéntrica señora?)
- CLOT. ¡Tiene usted gran corazón!  
¡muy grande!
- PRUD. Sí... sin falencia  
(Poniéndose la mano sobre el corazón.)  
palpita con tal violencia  
que hace el ruido de un cañon;  
toque usted.  
(Queriendo cogerla la mano.)
- CLOT. No es necesario.  
(Levantándose y retirando la mano.)
- PRUD. Al ménos puede usted oír. (Levantándose.)
- CLOT. Siéntese usted á escribir.  
(Señalándole sitio junto al velador.)
- PRUD. ¡Calla! ¡Soy su secretario!  
(Sentándose en ella.)
- CLOT. Escriba usted. (Dictando.) «Vida mía!»
- PRUD. ¡Yo tal dicha! (Queriendo levantarse.)
- CLOT. Esté usted quieto  
y no se muestre indiscreto.  
(Obligándole á sentarse.)  
Dicto á usted.
- PRUD. (¡Ah! Yo creía!)
- CLOT. (Dictando.) «¡Vida mía! En los momentos  
»en que ausente tu marido  
»deja en olvido tu amor



- PRUD. «y tus preciosos hechizos.»  
CHIZOS. (Repitiendo las últimas palabras.)  
CLOT. «Recuerdo aquel día  
»en que juntos estuvimos,  
»mientras en el Escorial  
»estaba él entretenido.»
- PRUD. Ido.  
CLOT. «Siempre que él se vaya  
»esperaré con ahinco  
»debajo de tu balcon  
»la señal que has convenido  
»hacerme con tu pañuelo,  
»porque ella es seguro indicio  
»de que te puedo mostrar  
»mi tierno amor sin peligro.»
- PRUD. Igro...  
CLOT. «El que amante te adora  
»hasta morir.—Casimiro.»
- PRUD. Si yo me llamo Prudencio.  
CLOT. Si ya lo sé.  
PRUD. (¡Ay, me destroza!)
- CLOT. Sobre., «Á Clotilde Mendoza.»  
PRUD. Ya está.  
(Después de doblar la carta y escribir el sobre.)
- CLOT. Bien, ahora silencio.  
(Toma la carta y la guarda en el bolsillo de la bata.)
- PRUD. Señas?  
CLOT. Hemos terminado.  
PRUD. Pues me voy.  
CLOT. ¡No! ¡Quién tal piensa!  
Justo es darle recompensa  
del trabajo que le he dado.
- PRUD. (Muy contento.) (¡Recompensa! ¿Qué será?)  
CLOT. Aún á usted le necesito. (Toca un timbre.)  
PRUD. (Con entusiasmo cómico, mirando á Clotilde.)  
(¡Ay, qué cuerpo tan bonito!)



Es que esperándome está  
mi principal.

CLOT. Nada importa.

PRUD. Cómo!

CLOT. Tome usted asiento.

PRUD. Bien! ¡Cómo ha de ser! Me siento.

(Se vuelve á sentar.)

CLOT. Su detencion será corta.

### ESCENA VIII.

CLOTILDE, PRUDENCIO, JULIANA, que entra y sale,  
poniendo la mesa y sirviendo la comida.

JULIANA. ¿Llamaba usted?

CLOT. Sí; al instante  
tráenos la comida aquí,  
que servirá para mí  
y este jóven comerciante.

JULIANA. Señora! (Con gran asombro.)

CLOT. (Con imperio.) Sin replicar  
obedéceme.

JULIANA. Está bien.

(¡Jesús! Ella andando en... Quién  
lo había de imaginar?)

(Váse y sale y entra á poner la mesa y servir  
la comida.)

CLOT. Y ya anochece... conque  
enciende aquellas bujías.

JULIANA. Todas?

CLOT. Todas.

JULIANA. (Qué manías!)

(Va á encenderlas.)

PRUD. (Deteniendo á Juliana.)

Deje usted, yo encenderé.

Tengo fósforos... (¡Qué pillo  
soy!)

(Saca fósforos y enciende todas las bujías.)



CLOT. Gracias!

PRUD. (¡Es tan divina!)

CLOT. Juliana? De la cocina  
tráeme tambien el cuchillo.

PRUD. (Con miedo y dando un salto hácia atrás.)  
(Caracoles! Esto excita  
mi miedo y me hace temblar...  
¿Si me querrá degollar  
como aquella Margarita?)  
Ya está encendido... y la dejo...  
Con su licencia...

CLOT. No, no;  
come usted conmigo.

PRUD. ¿Yo!...  
(¡Ay! ¡Tiemblo por mi pellejo!)  
Yo agradezco su atencion,  
pero cuando aquí he venido,  
señora, había comido.

CLOT. Eso no es una razon.

PRUD. No?

CLOT. No.

PRUD. (Que oiga Dios mis preces!)  
Pero reflexione usted...

CLOT. Que usted ha comido? Y qué?  
Comerá usted hoy dos veces.

PRUD. No estoy á eso acostumbrado  
y tendré una indigestion.

CLOT. No tal.

PRUD. Soy poco gloton.

CLOT. (Con gazmoñeria.)  
Estará usted á mi lado...  
comerá conmigo solo.

PRUD. (¡Este lance de novela  
me recuerda una zarzuela  
que ví el domingo en Apolo.)

CLOT. Verá usted! Todo lo allana  
la voluntad de querer.



(Sale Juliana con la sopera, que coloca sobre la mesa y un cuchillo grande de cocina con punta aguda.)

PRUD. Sí; pero para comer  
se necesita la gana.

JULIANA. La sopa.

CLOT. ¡Grata sorpresa!

Vaya, tome usted asiento.

(Invitándole á sentarse á la mesa.)

JULIANA. El cuchillo.

(Dejándolo sobre la mesa. Váse.)

PRUD. ¡Ay! qué tormento  
y qué sudor!...)

CLOT. Á la mesa.

(Sentándose ella.)

PRUD. ¡Qué horror! Voy á reventar!

(Sentándose contrariado.)

CLOT. No tema usted nada.

PRUD. Pero...

CLOT. (Le sirve y le obliga á comer mucho y muy de prisa.)

¡Vaya, coma usted ligero  
que si no se va á enfriar.

PRUD. Por Dios!

CLOT. Cuanto más de prisa  
coma usted, más pronto acaba.

PRUD. Esto sólo me faltaba.

(Comiendo muy apurado y como á la fuerza.)

CLOT. (Pobre chico, me da risa!)

Así, así!

PRUD. ¡Vamos, reviento!

CLOT. Coma usted más, sin cumplido!

PRUD. No puedo.

CLOT. Ya le he servido  
de este plato succulento.

PRUD. ¿Qué es eso?

CLOT. Liebre trufada.



- Le gusta á usted?
- PRUD. (Con tono compungido.) ¿Yo que sé?
- CLOT. Ánimo!
- PRUD. (Figurando no poder tragar un bocado.)  
Ah! Me atraganté!
- CLOT. Adelante; eso no es nada.
- PRUD. ¡Ay de mí! (Muy apurado.)
- CLOT. Coma usted. ¡Bravo!
- PRUD. Permítame usted beber.  
(Siempre haciendo esfuerzos para tragar.)
- CLOT. Eso despues de comer.  
Engulla usted.
- PRUD. Soy yo pavo?
- CLOT. Pruebe usted esta empanada.
- PRUD. Sin beber?
- CLOT. El tiempo apura.
- PRUD. Pero á secas? Qué locura.  
(Lo mismo y sin poder casi hablar.)
- CLOT. ¡Bah! La liebre no es pesada.
- PRUD. ¿Cómo que no? ¡Buena es esa!  
(Cada vez con más muecas y más ahogada la voz.)
- CLOT. Cuando lo aseguro yo!...
- PRUD. Lo que es en el campo no;  
pero lo es mucho en la mesa.
- CLOT. Vamos, que el tiempo perdemos.
- PRUD. (Levantándose muy apurado.)  
Pues yo no puedo seguir  
sin beber... ¡Voy á morir!
- CLOT. Beberá cuando acabemos.
- PRUD. (Ahogándose.)  
Ni que fuera usted mi suegra!  
(Se oye por dentro ruido y la voz de Pablo.)  
¡Agua! ó pego un estallido!
- CLOT. (Levantándose y fingiendo agitacion.)  
¡Virgen Santa! ¡Mi marido!
- PRUD. (Se atraganta cada vez más.)



¡Ay! Pues esta es la más negra!  
CLOT. Y qué hago yo con usted?

PRUD. (Como asfixiándose.)  
¡Eso digo yo, señora!  
¿qué hago yo conmigo ahora?

CLOT. (Muy contenta.)  
Ya logré mi afán!

PRUD. (Va á salir por el fondo.) Me iré.

CLOT. (Deteniéndole.)  
¡No! que lo va usted á encontrar!

PRUD. ¡Ay! me ahogo! (Sin poder casi hablar.)

CLOT. En este cuarto...

pronto!

(Abre el armario y mete el sombrero, el gaban  
y el baston de Prudencio.)

PRUD. ¡Agua! (Con la boca muy abierta.)

CLOT. ¡Es necesario!  
(Empujándole hácia el armario.)

PRUD. ¡Agua! (Sin poder hablar y dando vueltas.)

CLOT. Adentro y no chistar!  
(Le mete de un empujon y cierra la puerta.)

### ESCENA IX.

CLOTILDE, luégo PABLO, despues JULIANA.

CLOT. Ahora el cuchillo aquí;  
(Le pone sobre el velador y se sienta á leer el pe-  
riódico.)

que esté á sus ojos patente,  
y la carta en el bolsillo  
para la ocasion solemne.

¡Ay! me late el corazon  
de modo que me estremece!  
(Finge que lee.)

PABLO. (Sale y se para en el fondo, mirando receloso á  
Clotilde.)



(De fijo me ha visto entrar  
y está fingiendo que lee.  
Veamos.) (Baja haciendo ruido.)

CLOT. (Levantándose como sorprendida al verle y muy  
cariñosa.)

¡Pablo! ¿Eres tú?

¿Cómo es que tan pronto vuelves?  
¿Qué! ¿no has ido al Escorial?

PABLO. (¡Hola! Creo que lo sientel)  
No; me entretuvo un amigo  
contándome mil sandeces,  
y el tren partió!

CLOT. (Bien decía  
yo! No ha pensado en moverse.)  
¿Y te perjudica mucho  
no ir para tus intereses?

PABLO. ¡Ya lo creo!  
(Mirando por todas partes alarmado.)

(Y las bujías  
todas encendidas tiene...  
y en la mesa hay dos cubiertos...  
¿Habrá llegado á ofenderme,  
y por eso preguntaba  
si yo la daría muerte  
con tanta insistencia? Calma!  
Cerciorarme me conviene.)

CLOT. Qué callado estás?

PABLO. Pensaba  
en ese pobre cliente  
que me esperará.

CLOT. Y qué importa?

PABLO. Junto á mí estás. ¿Qué más quieres?  
¡Nada! es cierto! Y... ¿cómo el tiempo  
has pasado de mí ausente? (Con intencion.)

CLOT. ¡Muy bien! (Fingiendo ligereza.)

PABLO. ¿Eh?

CLOT. Digo... al contrario,



- aburriéndome mil veces. (Como turbada.)
- PABLO. Y has comido?
- CLOT. No. (Id.)
- PABLO. Qué?
- CLOT. ¡Ah! sí!
- pero muy poco.
- PABLO. (Ahora miente!)
- ¿Sola?
- CLOT. Es claro.
- PABLO. Pues no es claro:  
ese velador te vende.  
Dos cubiertos.
- CLOT. (Sin saber qué decir.) Si... tenía  
un apetito tan fuerte...
- PABLO. Clotilde! ¿Qué estás diciendo?
- CLOT. ¡Hoy, Pablo, no sé qué tienes,  
que me echas unos ojazos  
que me dan miedo realmente!  
He comido con Juliana.
- PABLO. Lo veremos. (Toca un timbre.)
- CLOT. No me crees?
- PABLO. ¿Juliana?
- JULIANA. (Saliendo por el foro.)  
Llamaba usted,  
señorito?
- PABLO. Ciertamente.  
¿Comió usted con la señora  
hoy?  
(Clotilde la hace señas por detrás de Pablo para  
que diga que no.)
- JULIANA. No.
- PABLO. (Muy alterado.) Váyase usted y cierre.
- JULIANA. (Qué trapisondas son estas!) (Se marcha.)
- CLOT. (Con satisfacción.)  
(Ya va prendiendo el cohete!)
- PABLO. Y bien! ¿ya ves? has mentido  
sin que yo la causa acierte



y estoy tranquilo. Responde  
la verdad únicamente.  
¿Con quién comiste?

CLOT. Con nadie.

(Pablo se vuelve y ve sobre el velador la caja  
del vestido )

PABLO. Y esta caja, ¿qué contiene?  
cuando yo me fui no estaba.

CLOT. (Otra prueba más, qué suerte!)  
Eso... (Pablo abre la caja.)

PABLO. Un corte de vestido!...  
dime... ¿de dónde procede?

CLOT. De la tienda, lo compré  
esta mañana.

PABLO. No, mientes!  
me lo hubieras dicho cuando  
me distes el ramillete  
y la pipa.

CLOT. Me olvidé.  
(Siempre lo mismo sucede...  
la verdad no tiene crédito  
y la mentira le tiene.)

PABLO. Clotilde, desde hace poco  
no sé lo que aquí sucede,  
que da lugar á que dude  
de tí, y por mi dicha tiembla.  
Tal vez sólo hay ligereza  
en lo que miro patente,  
lo quiero creer así...  
pero es fuerza, si me quieres,  
que hables claro, y lo que pasa  
con sinceridad confieses,  
que para tí y para mí  
será lo más conveniente.

CLOT. (Se sienta en una butaca como abatido.)  
(Sacando la carta del bolsillo sin que la vea  
Pablo.)



(Está ciego! Ahora la carta  
que sus celos exarcerbe...  
así mi curiosidad  
satisfaré... me parece  
que para exaltar su bilis  
doy motivo suficiente.)  
Pero... si no ocurre nada.

PABLO. No?

CLOT. No, pasa lo de siempre.

(Pablo está colocado á la derecha del escenario.  
Clotilde á la izquierda de Pablo, tira la carta al  
suelo y da dos pasos lejos de ella; retrocede como  
queriendo ocultarla, pone el pie encima para que  
Pablo repare en ella.)

PABLO. Eres novicia en fingir  
y sin pensarlo te vendes:  
tu inquietud y tus respuestas  
equivocas, me convencen  
que me engañas...  
(Repara lo que hace Clotilde y se levanta.)

¡Ah! qué ocultas

bajo tu pie? (Arranque de ira.)

CLOT. ¡Ay! nada!

(Como asustada da un grito y sin moverse.)

PABLO. (Viendo una parte de carta.) ¡Vete!  
Es una carta!

CLOT. ¡No es carta!

(Fingiendo turbacion.)

PABLO. Infame! (Muy irritado.)

CLOT. Tiemblo de verte! (Llorosa.)

PABLO. Vive Dios!

CLOT. ¡Y es villanía

que así abuses de un ser débil!

(Fingiendo llanto.)

PABLO. Vete!

(Obligándola á marchar por la izquierda, queda  
la carta descubierta.)



CLOT.

¡Ay mamá de mi alma!  
Ven, consuélame y defiéndeme!  
(Se va llorosa.)

## ESCENA X.

PABLO.

(Coge la carta.)

Una carta! Aquí hallaré  
la prueba si ella me ofende.  
«Señora doña Clotilde  
Mendoza.» No hay duda, viene  
á su nombre dirigida!...

Oh! Se me arde la frente!

¡Aún no creo que ella sea  
capaz de tales dobleces!

(Abre la carta y lee saltando renglones.)

«Vida mia.» ¿Qué más claro?

Hum... «cuando sola te deje  
tu marido...» es una cita!

«esperaré...» No se puede  
dudar, ya no! «la señal.»

Ah! «que has convenido hacerme.»

Sí; la hacía alirme yo,  
por ese balcon... ¡aleve!

«porque ella es seguro indicio  
hum... puedo mostrar mi ardiente  
amor:» y firma «Casimiro.»

¡Estoy afrentado! Tiene  
un amante; y en mi casa  
entra cuando estoy ausente...

y come en mi misma mesa  
con ella... ¡mi sangre hierva!

Yo quiero tomar venganza  
de una manera que aterre...  
Pero cómo?



(Repara en el cuchillo sobre el velador.)

Aquí hay un arma.

(Coge el cuchillo.)

¡Oh! que la culpable tiemble!

(Al dirigirse hácia donde entró Clotilde se oye dentro del armario un grito de Prudencio.)

¿Qué oigo? Alguien hay escondido

allí... ¡Dios me favorece,

y la criminal y al cómplice

me da para que me vengue!

(Abre el armario y sale Prudencio sofocado y ahogándose.)

## ESCENA XI.

PABLO, PRUDENCIO.

PRUD. ¡Agua! Me ahogo! Piedad!

PABLO. Infame!

PRUD. Qué dice este hombre!

PABLO. ¿Qué hacía usted en ese cuarto escondido? No responde?

PRUD. Si no puedo: agua! me ahogo!

PABLO. ¡Muérase usted!

PRUD. Qué intenciones!

PABLO. Responda usted!...

PRUD. Por Dios, agua!

PABLO. Hable usted.

PRUD. ¡Ay que sudores!

¡me muero! ¿es usted cristiano?

socorra usted á este pobre!

PABLO. Y tendré que darle agua  
yo mismo.

(Va á la mesa y sirve un vaso de agua, que Prudencio bebe con ansia.)

PRUD. ¡Ay! usted perdone!

PABLO. Tome usted... (Qué situación!



Si alguien me viera...)

PRUD.

Demontre,

(Dejando el vaso sobre la mesa.)

gracias! respiro! Tenía

un tarugo tan enorme...

Dispense usted me presente

así, en facha tan innoble,

pero hay circunstancias tales...

PABLO.

¡Ahorrémonos digresiones!

Soy el amo de esta casa,

y por tal me corresponde

saber por qué le he encontrado,

usando un proceder doble,

escondido en ese cuarto

como lo hacen los ladrones.

PRUD.

Es que yo no soy ladrón...

yo soy un incauto joven

cuya suerte desgraciada...

PABLO.

Diga usted quién es entonces.

PRUD.

Soy Prudencio Melisendra

del Valle y Alba de Tormes,

dependiente del comercio

muy conocido en la corte

por Las tres Dalias, que ha dado

á sus dueños gran renombre.

PABLO.

¿Y por qué se escondió usted?

Responda sin evasiones

la verdad, ó muere al punto.

(Levantando el cuchillo y asiéndole de un brazo.)

PRUD.

(Dios mío! ¿quién me socorre?

Está armado! No hay remedio,

me matará en sus furores!)

PABLO.

Pronto!

PRUD.

(Y por qué está furioso!)

PABLO.

Me causan las dilaciones.

PRUD.

Pues... diré á usted la verdad

sin que nada falte ó sobre.



Pero guarde usted esa arma,  
que al verla como el azogue  
tiemblo... y se turba mi lengua  
y me quedo como un poste.

PABLO. (Deja el cuchillo sobre el velador.)  
Ya está usted servido.

PRUD. Gracias.

PABLO. Hable usted, que el tiempo corre.

PRUD. (Dios ponga tiento en mi lengua,  
que este hombre es un hotentote!)

Como ya le he dicho á usted,  
soy un dependiente pobre;

yo vine á traer un corte

de vestido de popelin,

segun me dieron la órden:

treinta varas, á cincuenta

reales, subía su importe

á mil y quinientos justos

en efectivos valores;

lo cobré, pero al marcharme

dejé el baston no sé dónde,

y como frecuentemente

padezco de distracciones,

me llevé el traje otra vez

sin decir oste ni moste;

al notarlo me volví

á disculpar mis errores

y á reclamar mi baston,

de caña de India y estoque.

La señora de la casa,

que por cierto se conoce

tiene un excelente humor,

junto al velador sentóme...

me hizo escribir una carta

en que la hablaban de amores;

despues llamó á la doncella,

cuyos ojos son dos soles,



mandó encender esas luces,  
pidió la comida... entónce  
quise irme, pero ella,  
con muy finas atenciones,  
me invitó; yo me negué,  
ella insistió, y como postres  
mandó por ese cuchillo,  
y al verle sentí sudores  
de miedo; me hizo comer  
con abundancia al galope,  
atracándome á lo pavo,  
sin atender mis razones  
ni dejarme que bebiera  
siquiera un poco de aloe,  
hasta que me atraganté  
sintiendo hasta convulsiones;  
despues me hizo levantar  
porque se escuchaban voces;  
despues me hizo entrar ahí (Al armario.)  
obligándome á empujones,  
y despues... lo que usted quiera;  
(Muy compungido.)  
con todo me hallo conforme,  
porque no sé más... y estoy  
tan lleno de confusiones,  
que ni sé lo que me pasa,  
¡ni si soy ó no soy hombre!

PABLO.

(Tranquilo ya.)

(Todo lo entiendo... Clotilde,  
guiada por impresiones  
exageradas, curiosa  
quiso probar hasta dónde  
los celos me llevarían  
como á aquel marido... ¡Pobre!  
inocente! Ahora celebro,  
viendo sus inclinaciones,  
no haberme precipitado:



¡qué locura tan enorme!  
¡Mujeres! ¡Nadie en el mundo  
os comprende ni os conoce!

PRUD. Ya he dicho cuanto pasó  
y he dicho la verdad; conque  
si usted, caballero mío,  
no manda otra cosa, váime.  
(Va á marcharse.)

PABLO. Usted va á quedarse. (Deteniéndole.)

PRUD. Yo!

PABLO. Sí señor; lo que usted oye.  
(Ella quiso darme un susto,  
justo es se lo vuelva doble.)  
Me hace usted aún falta.

PRUD. Es que  
yo tengo otras atenciones...

PABLO. Por ahora es usted mío.

PRUD. Yo no soy un monigote!

PABLO. Vuelva usted á esconderse ahí. (Al armario.)

PRUD. ¡Otra vez! ¡Por San Onofre!  
Ese cuarto es muy pequeño  
y ahí se axfisian los pulmones.

PABLO. Antes entró por su gusto,  
ahora por el mío torne.

PRUD. Pues no señor... no me encierro  
(Muy resuelto.)

aún cuando me hagan gigote.

PABLO. Lo veremos.

(Coge el cuchillo y le amenaza.)

PRUD. (Asustado y gritando.) ¡Ay Dios mío!  
¡Socorro!

PABLO. No sirven voces.

PRUD. ¡Ay! No me asesine usted!

PABLO. Adentro y no sea torpe.

PRUD. Ay! San Antonio bendito!

PABLO. Pronto!

PRUD. ¡Jesús!



PABLO.

Dentro al trote.

(Le mete en el armario y cierra.)

Ahora ella... ¡venga usted aquí!

(Sacando á Clotilde de la mano.)

á dar sus explicaciones!

(Todo lo que sigue fingiendo cólera.)

## ESCENA XII.

PABLO, CLOTILDE, PRUDENCIO.

Clotilde sale con sombrero ó velo puesto.

CLOT.

Explicaciones de qué?

PABLO.

Reprima usted esa osadía,

que ya raya en demasia,

y atenta escúcheme usted.

(Con gravedad cómica y muy bajo.)

Breve seré al explicarme.

Lo que aquí vamos á hablar

nadie lo debe escuchar.

(Sube á cerrar las puertas.)

CLOT.

(Ya me pesa asegurarme

de si es su pasión sincera,

cierra las puertas!... Dios mío,

de mi valor desconfío.)

PABLO.

(Ya verá la que te espera.)

Si no es mi memoria escasa,

señora, hace un año escaso

que dimos los dos el paso

por la calle de la Pasa.

Usted juró no faltar

á su deber más sagrado,

y yo loco, enamorado,

también lo hube de jurar.

Felices hemos vivido

con gran cariño y sin pena,

siendo usted esposa buena,



siendo yo muy buen marido.  
Hoy mi desgracia es segura,  
pues de mi amor se olvidó,  
y falta á lo que juró  
delante del señor cura.  
Y pues mi honor ha manchado  
con refinado cinismo,  
y yo sigo siendo el mismo  
que el día que me he casado,  
encuentro puesto en razón  
que ahora en calma y sin chistar  
la vaya á usted á matar  
sin que tenga compasión.

CLOT. Serás capaz!... (Con franqueza,  
casi estoy arrepentida.)

PABLO. Voy á borrar con tu vida  
tu espantosa ligereza.

CLOT. Si me oyeras un instante...  
soy inocente!

PABLO. Inocente?  
Está bien claro y patente  
que tiene usted un amante,  
(Movimiento de Clotilde.)  
No añada usted la mentira  
á la infamia de engañarme,  
ó juro...

CLOT. (Asustada.) Vas á matarme?

PABLO. No lo sé, porque la ira  
que siento al mirarla á usted  
se me enrosca á la garganta  
y sangre pide.

CLOT. Me espanta!

PABLO. Y su sangre verteré.  
Aquí va usted á sufrir  
de su traición el castigo;  
aquí con Dios por testigo  
va usted ahora á morir.



CLOT. Pero escúchame.

CLOT. No tal.

(Esgrimiendo el tenedor.)

CLOT. (Arrodillándose.)

Por compasión!

PABLO. (Pobrecilla!)

Tiembla usted y se arrodilla  
al ver brillar el puñal?  
Con este mismo há un instante  
y en aquella habitacion  
atravesé el corazon  
de su fementido amante.

CLOT. Qué dices? (Aterrorizada.)

PABLO. Yo le maté.

CLOT. Qué es lo que has hecho, Dios mio!

PABLO. (Cogiéndola de la mano.)

Allí está... inerte... frio!...

CLOT. Jesús!

PABLO. Contémplesle usted.

De un golpe he roto los lazos  
que á ese malvado le unía;  
vaya usted como hizo un dia  
á adormecerse en sus brazos.

CLOT. Piedad, Pablo!

PABLO. No la espere  
quien de mi honor se olvidó!  
Usted me ha ultrajado y yo  
la mato. (Levantando el brazo.)

CLOT. Socorro!

PABLO. Muere!

(La pega en el pecho con el tenedor.)

CLOT. Ay!

(Sale del armario Prudencio.)

PRUD. Qué sucede?

CLOT. Gran Dios!

El muerto!

PRUD. (Dando un salto.) Cómo?



PABLO.

Já, já!

No, hija mia, vivo está  
como lo estamos los dos.  
Curar tan sólo he querido  
tu locura de este modo.

CLOT. Luego fué fingido todo?

PABLO. Sí, Clotilde, fué fingido.

Pensaste que yo tendría  
celos de ese monigote?

PRUD. Oiga usted... (Ay qué hotentote!)

Eso es una grosería!

Insultar de esa manera

á mí, que sólo he servido...

PABLO. Si no quiere usted ir molido  
coja pronto la escalera.

PRUD. Sí, lo haré con mil amores;  
y para eludir afrentas,  
juro no cobrar más cuentas:  
muy buenas noches, señores. (Vase.)

CLOT. ¡Pablo mio! dime. ¿Es cierto  
que si esto que fué fingido  
realidad hubiera sido  
airado me hubieras muerto?

PABLO. ¡Hija, eres incorregible!  
Deja ya tal necedad,  
ve que la curiosidad  
es defecto muy horrible:  
que desecharla es preciso  
con constante y firme afán;  
que la de Eva costó á Adán  
el perder su paraiso;  
y la tuya á no dudar,  
si no tengo la pasión  
subyugada á la razón  
un crimen pudo costar.

CLOT. Sí, sí; arrepentida estoy  
y te ofrezco corregirme.

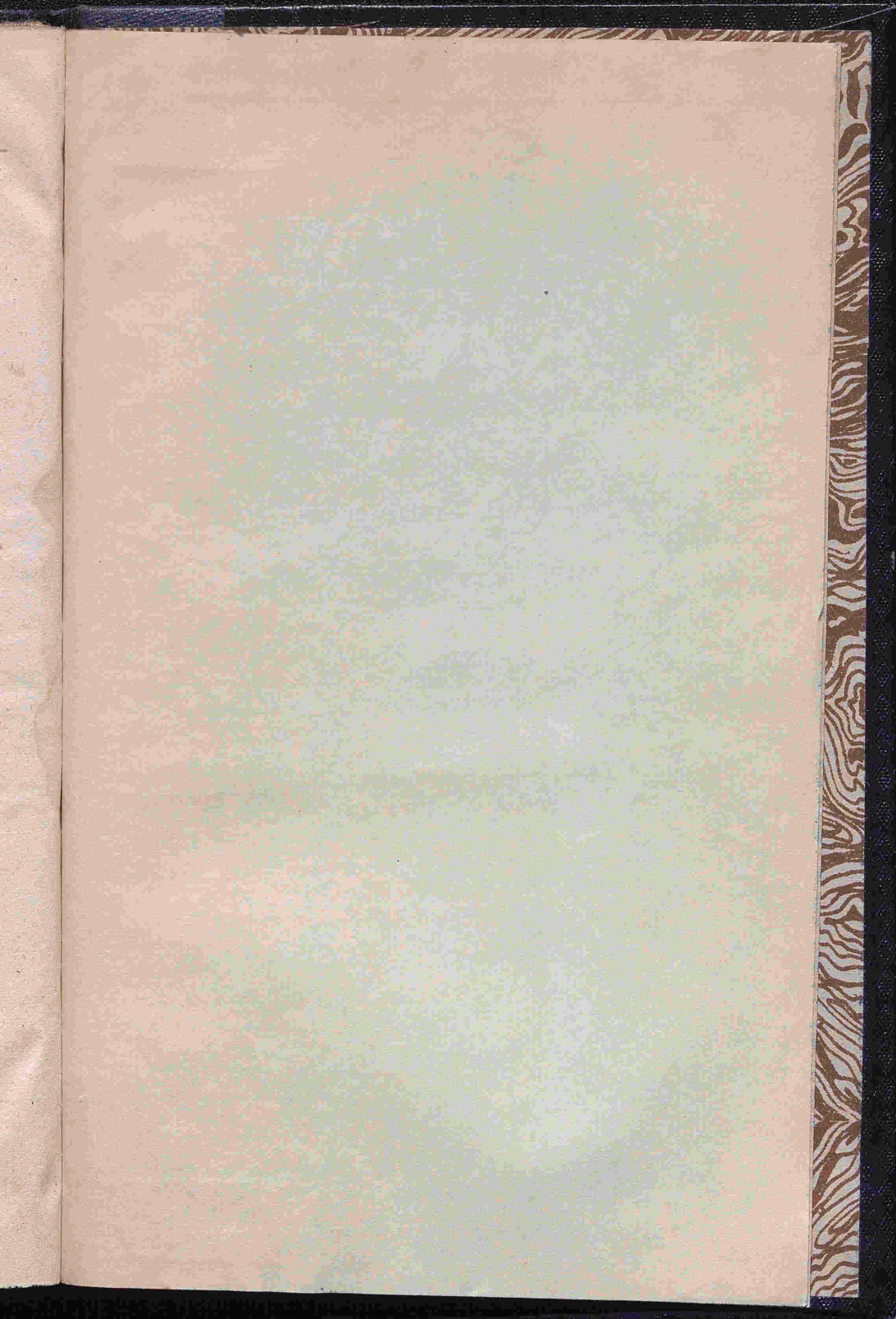


PABLO. Si ese propósito es firme  
serás feliz desde hoy.  
Mas no basta en esta lucha  
te absuelva yo con placer ..  
tambien te debe absolver  
ese juez que nos escucha. (Por el público.)

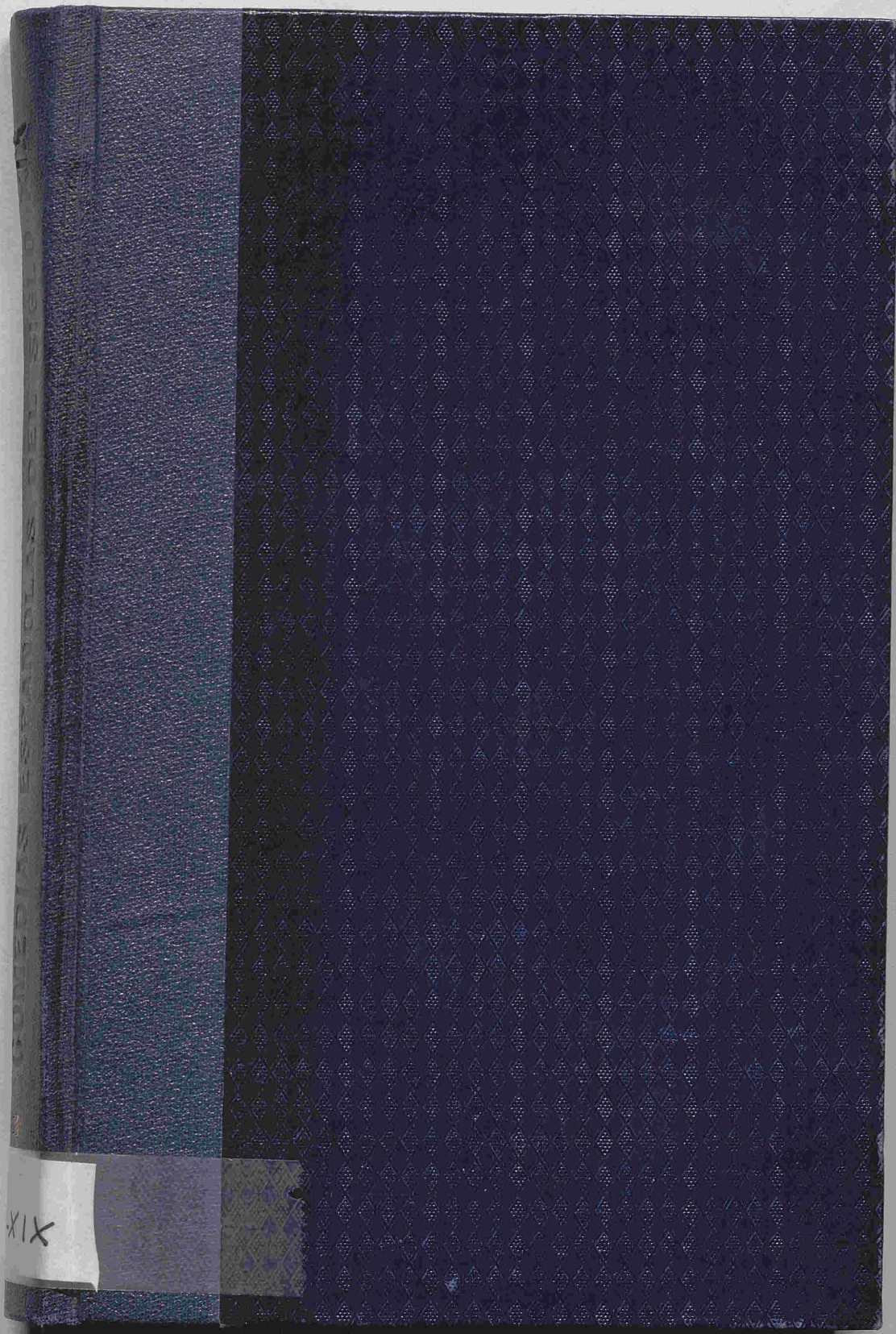
CLOT. (Dirigiéndose al público.)  
Sí; pero ese de galante  
tiene acreditada fama,  
y en complacer á una dama  
no vacila un solo instante.  
Y aunque sé bien que le causo  
con mis locuras hastío,  
sé tambien que á ruego mio  
nos va á otorgar un aplauso.

FIN DE LA COMEDIA.



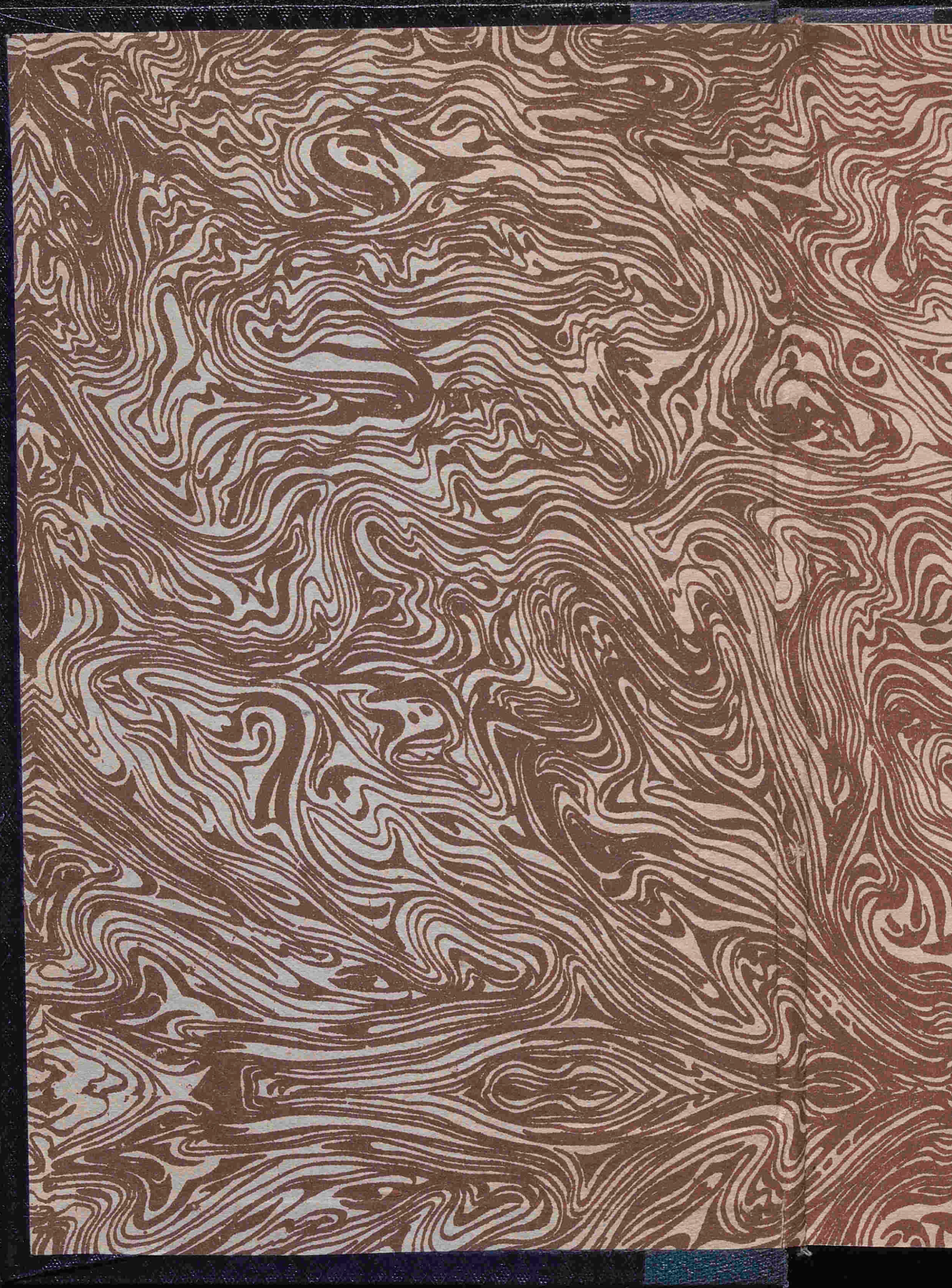




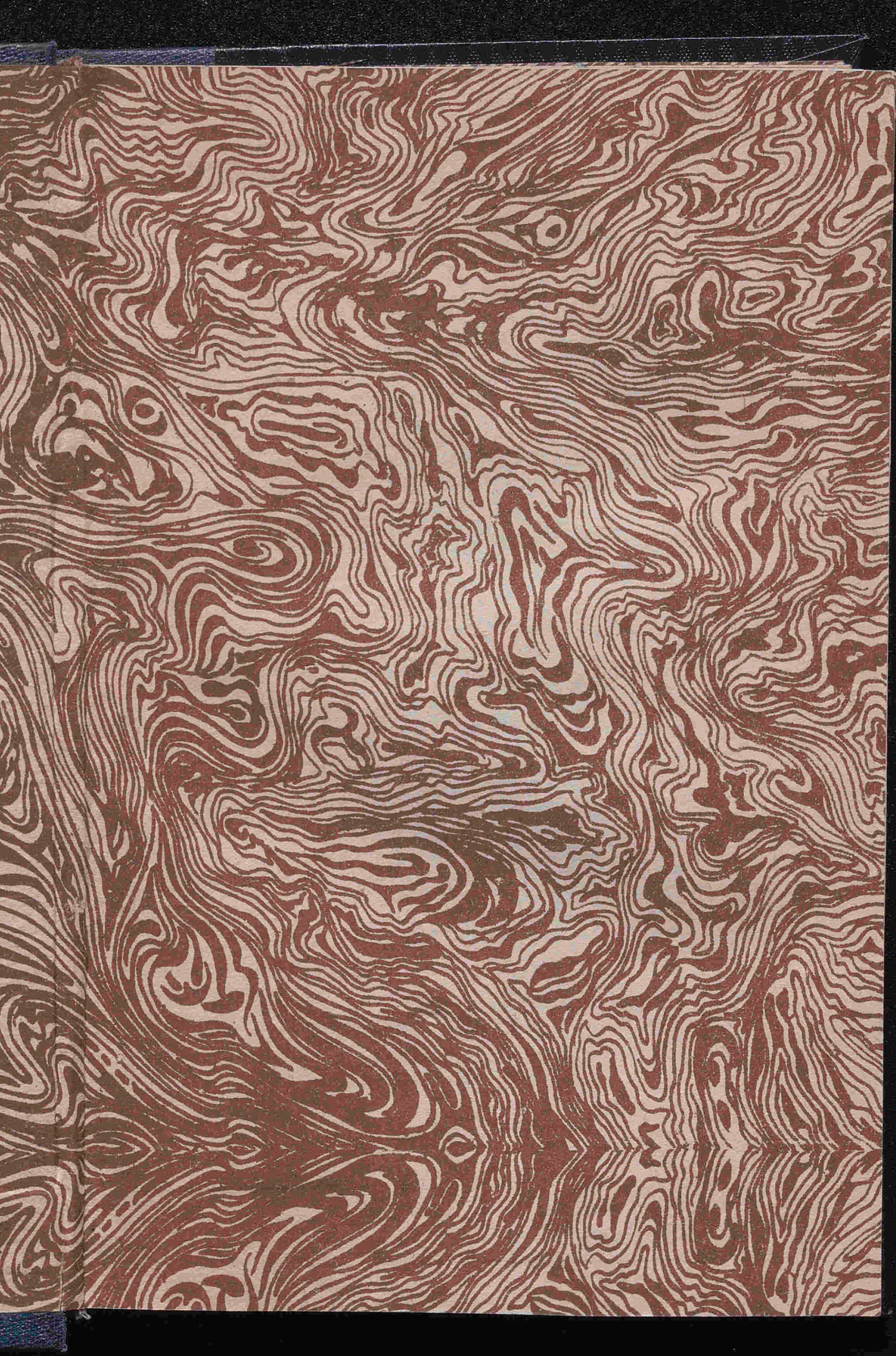


XIX









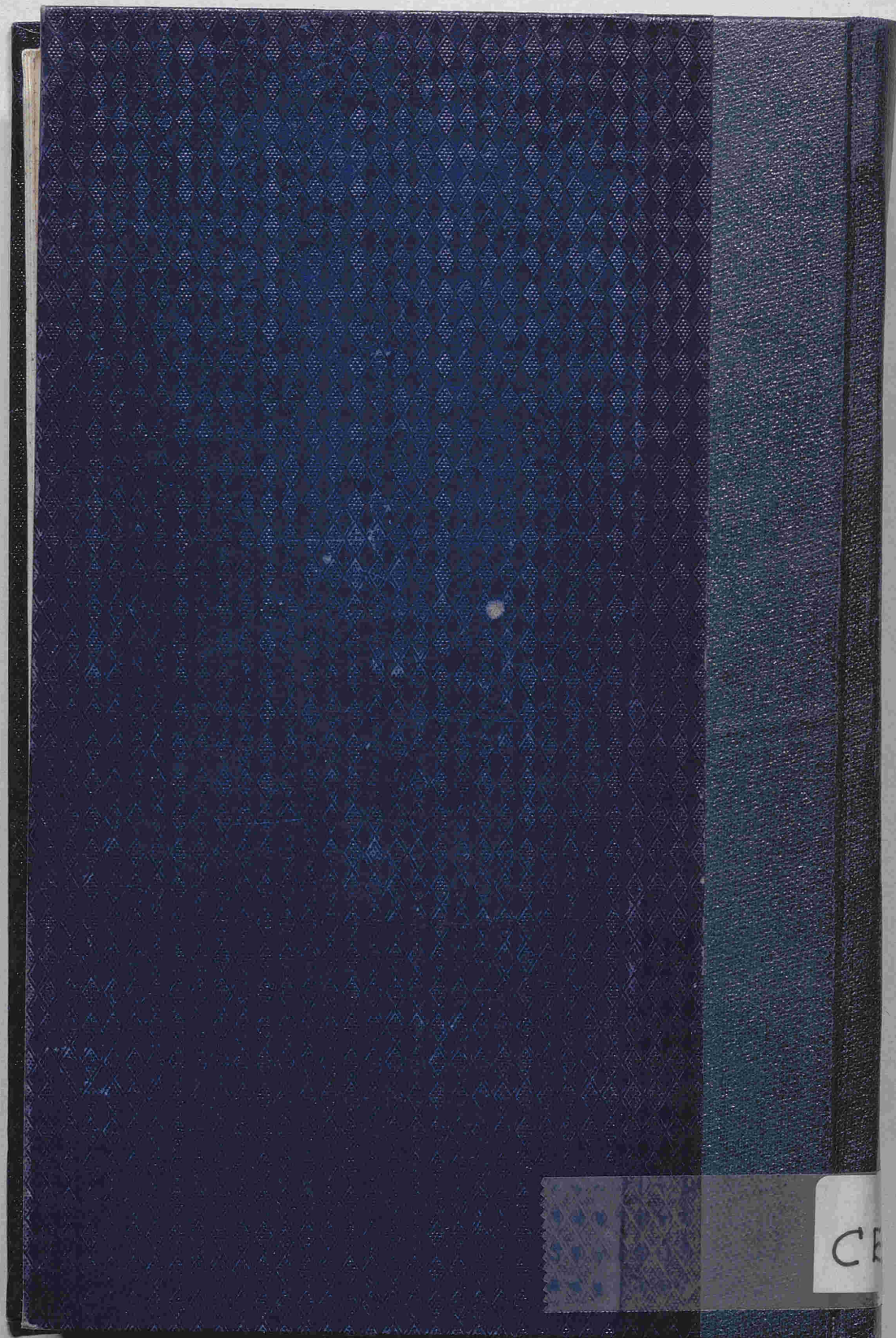














CES-XIX

COMEDIAS ESPAÑOLAS DEL SIGLO XIX